Al margen

POSITIVO interés encierran los capítulos que sobre Cataluña en la Guerra Civil dispensa nuestro dominical, por la ecuanimidad de que hacen gala sus respectivos autores; y más para los miles de catalanes pasados a la otra zona, del otro lado del telón que a unos y otros nos mantuvo incomunicados. Parece justo que cuando esos capítulos tratan de los catalanes en zona nacional –aunque no sea materia implícita en el título de la obra– dichos especialistas mostrasen igual conocimiento y ecuanimidad.

No se entiende, va de ejemplo, que al desarrollar con detalle el capítulo sobre el intelectual ante la guerra y revolución, y extender el tema a lo que llama intelectuales huidos, el doctor Enric Gallen nos sorprenda, al cabo de medio siglo, con un "por las informaciones –escasas– de que disponemos" y puesto a nombrar los que participaron en actividades políticas y culturales "pro-franquistas", concretándose a la zona nacional sólo le den para 9 nombres. No tengo a mano el archiconocido libro de José María Fontana (donde el doctor podría haber ampliado sus conocimientos), pero a vuelapluma nada me costará añadir medio centenar a la nómina de Gallen. Veamos: periodistas y escritores como Bru Jardí, Cabaní, los hermanos del Castillo, Costa i Deu, Delclós, Fernández Ramírez (se firmaba Jordi Claramunt), Ramon Garriga, Llates, Matons, Santiago y Joaquim Maria de Nadal, Ramon Pey, Ors y su secretario Joan Anton Maragall, Pla, Sentís... Intelectuales varios, así J. M. Cruzet, Clavería, Fèlix Escalas, Masramón de Ventós, Pratmarsó, Puig Brutau, Puig Palau, Riquer, Sardà Dexeus, los Trias de Bes; la Capsir; los teatrantes Bonet del Río, Burgas y Puigcorvé; el músico Montsalvatge, ¡cuántos más! O, entre los clérigos, media docena larga de obispos y algún abad, el doctor Bonet y su sobrino Bonet Baltà, el P. Tusquets, mossèn Rossell y un largo etcétera.

Añado una nota sobre la supuesta colaboración del "espionaje franquista" en Radio Verdad. El material se redactaba en Salamanca, en San Sebastián después, a base de lectura de prensa, y escuchas de radio por una prima, políglota, del diplomático Casa Rojas. La parte en catalán, a cargo de don Manuel Ribé y el abogado Eduard Sagarra; locutores, en Roma, eran el abogado Delfí Escolà y el periodista Alfredo Giorgi, catalán de elección. No hay más misterio.

M.

Historia y ficción en una obra irregular

Crónica del Chile contemporáneo, la última novela del gran escritor chileno pinta el encierro y el agotamiento de un país sometido

José Donoso
"La desesperanza"
329 páginas
Editorial Seix Barral
Barcelona, 1986

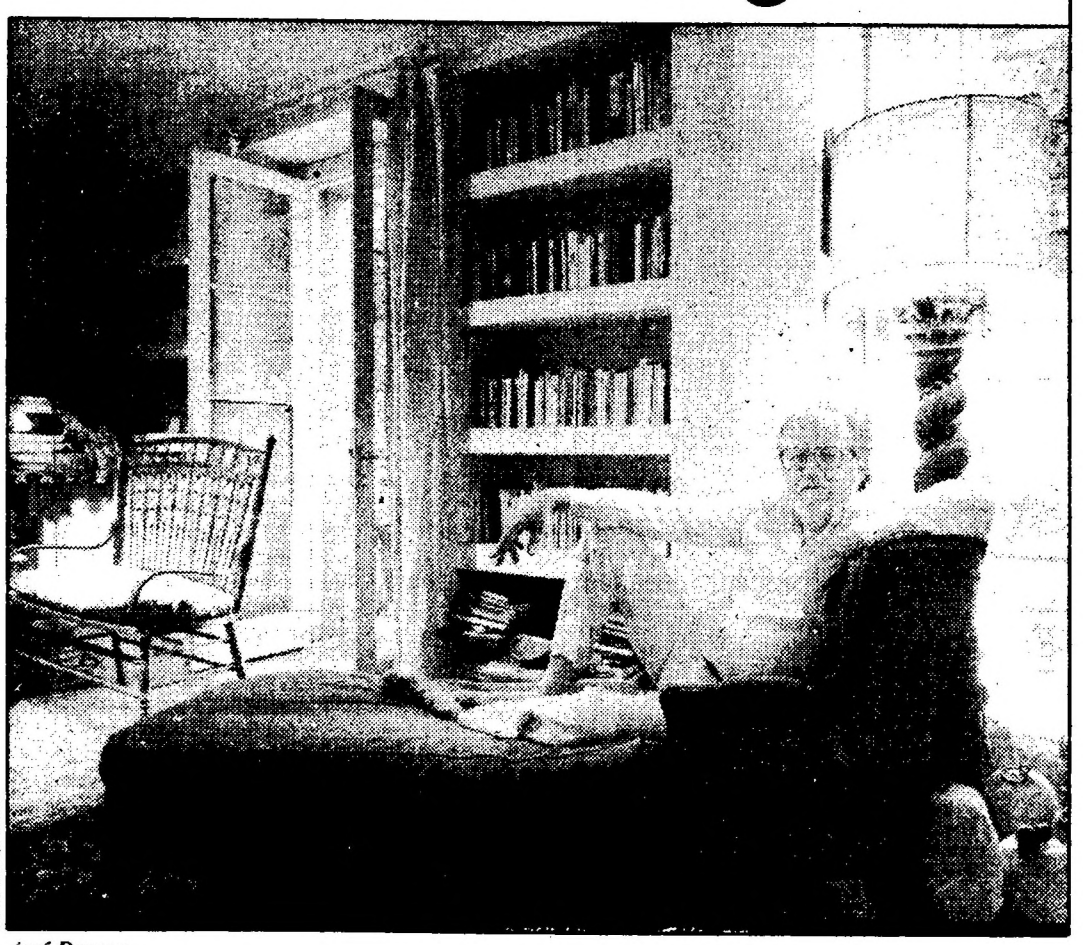

FOTO LUCHO POBLETE

José Donoso

ESTA es la novena novela de José Donoso (Santiago de Chile, 1924). Fue precedida, en 1982, una vez retornado el escritor a su país, de un volumen de cuatro "nouvelles" titulado "Cuatro para Delfina" (1982). Junto a "La mujer imaginaria" de Jorge Edwards (1985) estos libros serán probablemente conocidos, algún día, como las crónicas del Chile de los ochenta. Ningún otro país latinoamericano ha poseído algo similar, en las últimas décadas, a esta suerte de amplia forma de ficción que podríamos agrupar bajo el nombre de "novelas de Chile". Cabría tal vez una comparación con las "novelas de Cuba" de los últimos diez años, producidas por Heberto Padilla, Reinaldo Arenas, el mismo Cabrera Infante. Y la comparación tiene su utilidad, porque pone el acento en el modo en que, como por un embudo, la necesidad de hacer crónica uniformiza y hace converger temáticamente propuestas estéticas y novelísticas tan dispares como las que muestran las obras anteriores de cada uno de estos autores. Padilla, poeta, escribe su primera novela para "exorcisar" la figura de Fidel Castro. Arenas –a quien debemos narraciones tan excelentes como "Cantando en el pozo" y "El mundo alucinante"– publica, con "El palacio de los blanquísimos mofetas" una alegoría fuertemente retórica de la vida de los cubanos dentro de la isla; Cabrera Infante cierra, por decirlo de algún modo, la proliferación de sus primeras novelas para volver sobre una Habana inexistente, la de su adolescencia y, a partir de ella, proponer un texto evocativo y realista que erige de nuevo, una Cuba definitivamente desaparecida limitando para ello una lengua literaria múltiple y previamente existente. Este embudo, producido por las situaciones políticas extremas, parece hacer desaparecer las diferencias estilísticas: quedan, sólo, las obsesiones temáticas. Aun las diferencias entre las diversas biografías literarias parecen menos acusadas: por ejemplo, la comprobada regularidad y eficacia de Jorge Edwards, tan opuesta a la abundancia y a los ascensos y caídas de José Donoso. De hecho, nada más opuesto que la rítmica carrera de Edwards a la mezcla de impostura y brillantez de Donoso. Nadie puede negar, sin duda, que su "El lugar sin límites" (1967) es una de las mejores novelas castellanas de su época; nadie puede negar, al revés, que "El jardín de al lado" y "La misteriosa desaparición de la marquesita de Loria" (1980 y 1981) son absolutamente prescindibles; nadie puede dejar de, por lo menos, sentirse desconcertado por "Casa de campo" (1978), un texto que ha sido elogiado pero que otros consideramos una celebración fallida, muy inferior a "El obsceno pájaro de la noche" (1970).

Continuidad y realismo

Esta irregularidad está condensada, concentrada y hasta me atrevo a pensar, propuesta como estética, en "La desesperanza": la primera vertiente de esta propuesta es directamente realista; la segunda, es literaria, y establece un diálogo con las novelas anteriores del propio Donoso. Sobre todo, con "El obsceno pájaro de la noche": las dos novelas comienzan con un velatorio; el de la primera novela, puro anonimato y ficción; ahora, en la segunda, lugar de cruce con la realidad histórica. La vieja desdentada muerta de "El obsceno pájaro de la noche" es, en "La desesperanza", Matilde Urrutia, la viuda de Pablo Neruda. De similar manera, la grotesca rapiña de las viejas en la primera de las novelas, opera ahora sobre el presunto legado de Neruda; igualmente, los viejos y viejas del submundo de la Casa se han apoderado de Santiago y son los aliados y los guardianes de la noche durante el toque de queda. Son los "revolucionarios", los vigías que acechan desde los basurales. Antes, en "El obsceno pájaro de la noche" el mundo cerrado de la Casa se sustentaba en un "afuera" que era Santiago: ahora, el mundo cerrado es todo Chile. Hablo de permutaciones, juegos entre ficción y realidad porque "La desesperanza" los exhibe: al nombrar a "Matilde" y "Pablo Neruda" proyecta el calificativo de ficción sobre el resto del texto. Y el texto, a la vez, remite a sus propias novelas anteriores. O, al menos, a algunas de ellas: a "El obsceno pájaro..."; como he señalado sobre todo en cuanto a ciertas similaridades de construcción y reapariciones de personajes que expresan la veta del grotesco que Donoso explotó también acabadamente en "El lugar sin límites". En cuanto a "Este domingo", a "Coronación", a "Cuatro para Delfina", son, al contrario, una especie de reserva de tipos, situaciones, medios, anécdotas. Una cantera de lo verosímil, que busca, una y otra vez, a lo largo de la producción de Donoso, la representación completa de la vida social chilena; momios y muertos de hambre, intelectuales y señoritos, marginados y dueños de la tierra. La veta realista de Donoso es, qué duda cabe, de intención totalizadora y bien decimonónica, menos atenta a la intriga que a la pintura de la situación.

Crónica y ficción

De modo que "La desesperanza" tiene una base de crónica; posee además un desarrollo que se quiere dramático, con una división en tres actos y con unidad de tiempo y lugar. Pues todo sucede en un día: el día de la muerte de Matilde Neruda, el día que elige Mañungo Vera, cantante de protesta exiliado, para volver a Chile. El día en que Judit, una hermosa muchacha de origen aristocrático pero con militancia de izquierdas, decide vengarse de su presunto torturador; el día en que su primo Freddy, intelectual ligado al régimen, decide apoderarse del legado de Neruda (sus valiosas cartas, sus incunables, sus primeras ediciones); el día en que Mañungo Vera, no más llegar a Chile, presencia la muerte de su mejor amigo por insultar a un policía; el día en que, a pesar de que "nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos", Mañungo Vera decide quedarse en Chile. Y a la mañana siguiente de ese día, en el entierro de Matilde Neruda, todo Chile en el cementerio, Judit y Mañungo recorren el lugar y ella encuentra su propia tumba, su lugar en el panteón de sus antepasados.

Un lenguaje irregular

Es esta una novela de extrema concentración en la historia; el desarrollo de la misma es progresivo y lineal; cuando esta linealidad se corta, y en el relato aparecen espacios para la memoria, la marca del pasado es muy clara y su función, tradicional, es aclarar y puntuar la historia "actual" de los personajes. En ese sentido, la novela no plantea ningún problema; al contrario, los soluciona todos demasiado rápidamente.

Las mayores objeciones, sin embargo, son de lenguaje: un exceso de empaque retórico que, a veces, pero sólo a veces, se justifica porque el narrador parafrasea irónicamente el lenguaje hueco del régimen: "Cruzaron el puente de fierro sobre el río sucio, emperifollado con balaustradas y jardineras y enredaderas por los industriosos ediles del régimen"; otras, en cambio, la atribución de una intencionalidad paródica es por lo menos dudosa: "Se sentaron bajo un farol cerca de la fuente Alemana, sin siquiera fijarse en esa 'retórica confección de agua y bronce' que lanzaba chorros con 'la falsa potencia del optimismo'"; o "por cierto que Mañungo aún se sentía capaz de reproducir su 'instante meridiano' de salir a escena para enfrentarse con el 'público de los hemiciclos' dispuesto a creerlo todo... 'galvanizado por su adrenalina encendida' como una llamarada de certeza total". Y, por último, un estilo que debemos atribuir al narrador y que, sin duda, podemos calificar de estéticamente incierto: "Durante el silencio Mañungo escuchó el chirrido culpabilizador en su oído que le advertía que en lugar de hablarle a Judit estaba mudo".

De modo que, sea paráfrasis de ciertos clichés, sea voluntad paródica del narrador, sea simplemente voluntad a secas del narrador, el lenguaje de esta novela está henchido. Es excesivo; de un exceso que no acepta la justificación o simplemente la imposición de su necesidad literaria. Es un exceso que se desprende de la novela, como el yeso de ciertas ornamentaciones que muestre, tras un tiempo, su carácter de puro agregado a una estructura que, sin él, sigue siendo tal. Esto no sucede en novelas más excesivas; lo cual supone que el exceso sólo es inútil cuando se le muestra al lector fracturado, desgajado del esqueleto del texto y el lector comienza a preguntarse si la novela no podría haber "sido escrita de otra manera". Si esta duda nos acaece, es porque, por distintas razones, el lenguaje se muestra como agregado, como "sin razón". En un autor del oficio de José Donoso, esto es inquietante: sucedía en "Casa de campo", pero, en cambio, no ocurría en la primera "nouvelle" de "Cuatro para Delfina", que es muy posterior a la primera de las obras citadas. En cualquier caso, "La desesperanza" es parte de la producción de un autor muy vasto; esta crítica no pretende más que señalar las dubitaciones de una primera lectura; e intenta, también, rescatar al mejor Donoso. Irregular, es cierto; irritante, qué duda cabe; pero escritor indispensable para entender la literatura latinoamericana de los últimos treinta años.

NORA CATELLI

Letras sobre las letras

Sefarditas, hasta en el sur de la India

En sus habituales artículos, escritos en ladino, que el sefardí Moshe Shaul dispensa en el suplemento cultural de "ABC", a través de la filatelia se nos da noticia de pluriseculares comunidades de judíos hispanos existentes en los sitios más inesperados. Así, un sello de las Antillas holandesas que muestra la piedra tumbal de cierto Mordehay Hizkiyau de Crasto (el ministro Amán llevando por las calles de Susa, a la brida, el caballo que monta su aborrecido Mordehay, el tío de la reina Esther), en homenaje a la aún llamada Jode Savanne, Yanura Dyudía, de Surinam desde la primera mitad del siglo XVII en que la poblaron los sefardíes (también los hay en Curaçao y San Eustaquio; como en las entonces colonias inglesas de Jamaica, Barbados y Nevis, las francesas de Haití y Guadalupe, la danesa de Santo Tomé). En 1984, el Correo danés lanzó un sello que representa a una mujer judía que enciende las velas en la tarde del Shabat, para conmemorar con ello el tercer centenario de la comunidad judía de Copenhague, fundada por sefarditas huidos de Portugal y a quienes brindó asilo una disposición del rey Cristián IV en 1622. Otro curioso sello, emitido por la India en 1968, representa el interior de la sinagoga de Cochín, en el extremo meridional del subcontinente, para celebrar el tercer centenario de su construcción, por el tercer jefe de la comunidad descendiente de españoles: Samuel Castiel (comunidad en la que "yevan ainda kon orgolio –dice el articulista– las antiguas alkunyas sefaradis de Castiel, Halegua, Pereira i mas").

Víctor Alba, chapeau!

O Pere Pagès, que es su nombre civil (Alba es el acreditado "nom de plume"; como también P. Elías, en su fecunda labor de traductor). Y nuestra salva va con ocasión de su comentario al reivindicador "Josep Janés. El combat per la cultura" (Curial) de la profesora, catalanista inglesa, Jacqueline Hurtley. Concretamente por aquello que nuestro colega –desde su experiencia personal– ensalza en la sobrehumana actividad de aquel poeta de la edición,

El joven Janés, por F. Domingo

en la curiosidad intelectual y amplitud de criterio, en la avasalladora humanidad de nuestro malogrado amigo. Para poner el acento en una de las facetas, del editor y hombre Janés, más entrañable y fecunda, habida cuenta de la dureza de los primeros años cuarenta en este país, para su clase intelectual señaladamente, cual fue que aquel cafarnaum de su despacho editorial en un piso de la calle Muntaner estuviera de par en par abierto a los "escriptors malvistos", que todos los sábados de Dios puntualmente acudían a percibir su congrua (mientras Janés se pasaba enteras las mañanas bregando con los banqueros para renovar letras y apuntalar créditos), en parcial pago de la traducción que estaban haciendo para la editorial, o que algún día se proponían hacer. Una lista que cubre buena parte de la nómina de escritores catalanes y pintores de entonces, desde el maestro Carles Riba, a quien encomendó revisar la traducción que el ochocentista Ranz Romanillos hizo del Plutarco. Y es memoria que convenía refrescar, en estos cómodos tiempos de cerrada militancia y cuando, por desgracia, para hacerlo ya no queda casi ninguno de los íntimos colaboradores de Pepe Janés en tan laudable empeño (último desaparecido nuestro fraterno Fernando Gutiérrez, su brazo derecho durante muchos años).

Montale póstumo

El pasado día 10, frente a la idílica Lugano, en la explosión vegetal de la Castagnola cara al Nobel-Hermann Hesse, la Fundación Schlesinger abría sus puertas a huéspedes de marca, para presentarles la primera entrega de un bloque de poesías de la última época de Eugenio Montale, el otro premio Nobel, hasta ahora desconocidas, pues su autor quiso que el secreto se guardara hasta pasados cinco años de su muerte. Son parte del fruto de la íntima amistad y casi diaria colaboración, a lo largo de once años, entre el viejo poeta y la entonces joven pintora y poetisa Annalisa Cima, una lombarda de madre vienesa, que en tal período fue su confidente y grabó las conversaciones mantenidas en torno a temas prefijados, como una especie de incesante diario poético. Y como cifra de ese largo discurrir surgían las poesías, nada menos que 66. Las seis primeras, con el retrato de Montale por la pintora, impresas a mano por el maestro Mardersteig y en edición de cien ejemplares, son las de la carpeta ahora presentada bajo el título "Poesie inedite di Eugenio Montale, I", que posteriormente saldrán de las prensas del primoroso Vanni Scheiwiller (el gran editor de Montale) en tirada de un millar de ejemplares, y que otro tanto hará conforme se vayan dispensando las diez "plaquettes" siguientes. Sólo a partir de entonces, por mano del mismo Scheiwiller, los 66 poemas se reunirán en un volumen, con prólogo del académico Cesare Segre, para entrar en el circuito comercial. Y desde ahora mismo, en Nueva York, en São Paulo, en Alemania, poetas de nota –por encargo de la citada fundación– se aprestan a trabajar en las traducciones. ¿Y en España?